

Al servicio de una sociedad igualitaria e inclusiva

Walter Wallach

Universidad Nacional de Hurlingham



Continuidad pedagógica - inclusión - producción de conocimiento

Palabras
Clave


Para poder pensar los desafíos y oportunidades que la pandemia deja a las universidades –tal es la propuesta de esta mesa–, es necesario, primero, considerar los logros y las dificultades del presente. Y el primer gran logro del sistema universitario argentino en pandemia ha sido seguir funcionando. Si bien esto puede parecer poco ambicioso, lo cierto es ha implicado plantearse el desafío de la esencialidad de la educación. En los primeros días de marzo de 2020, cuando se estableció el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO), la esencialidad parecía indiscutible en el sistema de salud y en el productivo (en especial en la industria alimentaria). De la vereda de enfrente, estaba claro que la gastronomía, el turismo, el deporte y las actividades culturales y de recreación no eran esenciales en un contexto en el que era urgente minimizar los riesgos. En educación, en cambio, tuvo lugar un debate entre quienes señalan que no hubo clases en todo el año y quienes sostuvimos el vínculo educativo durante todo el ciclo lectivo.

En la Universidad Nacional de Hurlingham (UNAHUR), durante el primer cuatrimestre 2020, de los 13 mil estudiantes inscriptos/as, 10 mil aprobaron al menos una materia. Un porcentaje apenas inferior a años anteriores. Está claro que debemos analizar estos datos en profundidad para comprender quiénes son los/as que no aprobaron ninguna materia y por qué; pero lo cierto es que, en ese sentido, no estamos en un escenario peor del que teníamos antes de la pandemia. A algunos/as les habrá costado más y a otros/as menos, como todos los cuatrimestres. Algunas clases habrán estado mejor adaptadas que otras a la virtualidad, como también en la presencialidad hay clases mejores que otras. Y aunque estos son los números de la UNAHUR, sabemos que la situación se repite en la mayoría de las universidades públicas argentinas. Es decir, logramos instalar la esencialidad de la educación universitaria.

Dicho esto, creo que uno de los grandes desafíos que continuamos enfrentando es el de la desigualdad. La pandemia puso en el centro de la escena la preocupación por la inclusión. No podemos perder de vista que el derecho a la educación es también el derecho a recibirse, a terminar la carrera. Es difícil pensar que alguien pueda obtener un título universitario si en su casa no cuenta con computadora ni conectividad, si su única posibilidad de conexión con el mundo es a través de un celular de uso compartido y con datos móviles.

Esto es así más allá de la pandemia. Es un problema de fondo que excede a las universidades, pero al que no podemos permanecer ajenos/as porque nos interpela y nos compromete a desarrollar acciones concretas. Durante este tiempo, el Estado hizo un esfuerzo enorme por asegurar la conectividad y por mejorar la infraestructura de las universidades. Sin embargo, queda mucho por hacer.

Un segundo desafío de cara al futuro es la necesidad de repensar las clases. Ya desde antes de la pandemia, en la UNAHUR cuestionábamos las clases magistrales como única herramienta de enseñanza. Nuestra propuesta era (y sigue siendo) asegurar y reforzar las prácticas, hacer cosas más tangibles, que los/as estudiantes entren a los laboratorios, que estén en las escuelas, en los centros de salud, en los talleres. Sin embargo, con la pandemia esas prácticas se dificultan. El desafío, entonces, es cómo hacer para integrar las prácticas, para repensar aquellas que requieren de materialidades distintas, para desarrollarlas en una virtualidad que llegó para quedarse.

Finalmente, creo que la oportunidad surge de los logros y desafíos presentados hasta acá. Tenemos la oportunidad de integrar y aprovechar la capacidad de adaptación a las transformaciones que hemos demostrado en este tiempo. Como dijo Walter Campi  en su intervención, la emergencia no resulta exclusivamente de la pandemia. Por el contrario, la emergencia es permanente, porque el cambio es permanente; el contexto se transforma constantemente. Tenemos que aprovechar la reflexión profunda que se dio sobre la práctica docente, sobre la enseñanza y el aprendizaje más allá de la presencialidad. La pandemia nos sacó de nuestra zona de confort porque nos obligó a repensar nuestras prácticas y el modo en que las desarrollábamos. No se trató solamente de aprender a usar plataformas de videollamada o a navegar el campus. Debimos, además, repensar los modos de enseñar y aprender.

Ahora tenemos la oportunidad de aprovechar a futuro todo eso que logramos y que no se limita a la docencia, sino que aplica también al campo de la investigación y de los proyectos de extensión universitaria. Durante la emergencia sanitaria que vivimos en 2020, el conocimiento producido en las universidades en materia de salud se puso a disposición de la sociedad de una manera concreta. Por ejemplo, en las universidades nacionales de Quilmes (UNQ) y San Martín (UNSAM), se creó un kit de diagnóstico rápido para la COVID-19; y en la UNAHUR creamos un laboratorio de PCR y pusimos en funcionamiento un centro de rehabilitación para pacientes con secuelas respiratorias. Esto, además de aprovecharlo, debemos proyectarlo a futuro y hacia otros campos del saber. Los conocimientos producidos por las universidades deben ponerse a disposición para la consecución de una sociedad igualitaria, para mejorar la educación, para transformar el sistema productivo y avanzar en el desarrollo. Creo que tenemos delante una oportunidad enorme.